

# UN "PEQUEÑO INCIDENTE"

**E**l sufragio universal está bien, a condición de que gane el que debe ganar. Pero dos días después, bajo la presión muy fuerte de Estados Unidos, devolvieron las urnas, prosiguió el recuento y todo volvió al orden. Se trataba de un pequeño incidente sin importancia. El propio candidato de la oposición, que parece ya ganador de estas elecciones, anuncia que cuando gobierne no tendrá en cuenta esa irregularidad, a la que quiere quitar toda importancia. Y es que, simplemente, alguien se olvidó de representar el papel que le estaba asignado, o se dejó llevar por sus nervios. El apuntador —Carter, Cyrus Vance— le recordó sus palabras, y todo ha terminado. Por ahora.

La cuestión es que Santo Domingo tenía, y tiene aún, un Presidente colocado por los Estados Unidos, Joaquín Balaguer, que ha dejado de interesar a los Estados Unidos. En 1930 Rafael Trujillo se apoderó de la Presidencia de la República Dominicana; ejerció una dictadura pintoresca y sangrienta, consideró el país como propiedad personal —la capital se llamó Ciudad Trujillo—, pero fue súbdito fiel de los Estados Unidos. Fue asesinado en 1961: siguieron tiempos de incertidumbre y en 1962 se celebraron las primeras elecciones generales libres desde 1924: tan libres que dieron el triunfo a quien no estaba presentado, ni por los militares ni por los Estados Unidos, el izquierdista moderado Juan Bosch, que fue inmediatamente considerado como comunista. Lo cual, a todas luces, no era: simplemente se trataba de un intelectual de buena fe y preocupaciones sociales. Duró meses: un golpe militar le derribó en septiembre de 1963. El 25 de abril de 1965 hubo una revuelta popular contra esa Junta, y por el regreso de Bosch a la presidencia: intentaron contenerla las fuerzas locales y, cuando se vio que no podían con ella, los Estados Unidos enviaron una fuerza de "marines" y unos cuantos barcos: la revolución fue dominada. Los Estados Unidos retiraron en cuanto pudieron sus soldados, dejando la situación al cargo de un cuerpo expedicionario formado por unidades de los países derechistas del continente. La situación se estabilizó en 1966 con la supuesta elección de Joaquín Balaguer para la Presidencia. Desde entonces se han celebrado dos elecciones más, en 1970

*El martes de la semana pasada se estaba procediendo en la República de Santo Domingo al recuento de votos de las elecciones presidenciales. Las urnas iban favoreciendo al candidato de la oposición, Guzmán. En un momento determinado, la diferencia de votos sobre el Presidente en ejercicio, Joaquín Balaguer, eran ya de cien mil votos. El Ejército y la Policía no pudieron más: invadieron los colegios electorales y se llevaron las urnas a los cuarteles. Se habían acabado las elecciones.*

y en 1974, cumpliendo el rito de renovación cada cuatro años, pero impidiendo que los partidos de la oposición pudieran ganar. Las irregularidades electorales han sido denunciadas muchas veces.

Pero la "era Carter" busca otras soluciones para el continente. Reanuda en cierta forma con la tradición de Kennedy. Fue Kennedy quien favoreció la elección de Bosch y fue la "rectificación" posterior de Johnson —rectificación favorecida por el asesinato de Kennedy— la que derribó al propio Bosch. El Presidente demócrata Carter busca también una democratización de los regímenes duros de los Estados americanos. En ese sentido ha favorecido las elecciones, y sus resultados correspondientes, en Bolivia, en Ecuador, en Perú. Se trata de que haya "democracias controladas". Desde ese punto de vista apunta contra Pinochet, y quizá contra Videla cuando considere que haya posibilidades. En Santo Domingo, la operación resultaba más fácil. Se trataba de

que Balaguer, que tiene ya setenta años, se resignase a abandonar un poder que ejerce desde hace doce años. Y se trataba también de que la oposición presentase un candidato aceptable por Washington. La oposición es el Partido Revolucionario Dominicano. La palabra "revolucionario" no tiene ningún sentido: es un adorno. Es solamente un partido democrata, liberal, impregnado hasta cierto punto de las doctrinas de Bosch, que fue su prohombre. De este partido salió el candidato Antonio Guzmán: un hombre considerado como de centro-izquierda, sensato y realista, esto es, incapaz de salirse de la línea de los Estados Unidos en la que está el país desde principios de siglo. Le apoyaban otros partidos de la izquierda: la Unión Patriótica Antiimperialista, el Partido Comunista. Todos están más o menos de acuerdo, en su propio "pacto de la Moncloa", de establecer un consenso democrático.

Para que ganase Antonio Guzmán bastaría con que las

elecciones fueran libres. Y sinceras. El poder pareció resignarse. La propaganda, la votación, se vigilaron desde el envío de una delegación de países de la OEA hasta la atenta y prudente vigilancia de la Embajada de los Estados Unidos. Pero, sin duda, Balaguer y sus apoyos militares y policíacos —destaquemos que no todo el Ejército, a pesar de las depuraciones, es balaguerista— pensaron que las elecciones libres podían darles una victoria. Los dictadores y sus amigos piensan siempre que tienen una mayor adhesión popular de la que realmente tienen sus mecanismos de censura, de poder y de coacción terminan por engañarles a ellos mismos. Este fue el caso. La operación hubiera sido perfecta: se hubiese cumplido con la disposición de Estados Unidos de celebrar elecciones libres, y esas elecciones libres les hubieran dado la victoria; nada que objetar, señán ya legalmente demócratas. Pinochet sueña con eso.

Pero la realidad es distinta. Y así ocurrió que poco después de comenzado el escrutinio de los votos, se vio que Balaguer y el Partido Reformista desaparecían. Fue entonces cuando alguien se pudo perder los nervios. Ahora, Balaguer considera que su propio partido comete irregularidades; pero también las cometieron —dice— los otros. Y el propio comité de coordinación electoral. ¿Qué podía hacer el Ejército ante tantas irregularidades? Llevarse las urnas a los cuarteles. Pero esto ha producido, dice Balaguer, "interferencias extranjerías en los asuntos interiores de la República". El mismo respondió a una de esas "injerencias" con un telegrama que dirigió a Cyrus Vance, explicándole que las Fuerzas Armadas habían intervenido porque había "monstruosos errores" en la cuenta, y porque temían que iba a haber un "golpe de Estado". Pero Cyrus Vance fue implacable. Sus informes eran que cuando iban contados poco más de dos millones de votos, Guzmán totalizaba más de cien mil votos más que su oponente, y que eso había que respetarlo. Se habló de la ayuda que Santo Domingo recibe de Estados Unidos, y de la posibilidad de que se interrumpiera inmediatamente. Se habló de lo que se había pactado. Quizá hubo también algunas conversaciones con jefes militares.

Durante dos días hubo una





considerable confusión. Se habló de detenciones de los jefes de la oposición —del propio Guzmán—, e incluso de que Balaguer está residiendo por los militares. Hubo tumultos, algún muerto. El Partido Revolucionario habló de responder a la fuerza con la fuerza: "Combatiremos por defender los derechos del pueblo dominicano". Se sumaron otros partidos, algunas organizaciones profesionales. Los miembros de la OEA se enfadaron con Balaguer.

Y, el jueves, dos días después, los mismos transportes militares que se habían llevado las urnas las devolvieron a los colegios electorales. Las habían "salvado" —dijeron— de la manipulación. Entre las filas de la oposición cundió, sin embargo, el temor de que las papeletas hubiesen sido manipuladas en los cuarteles y las oficinas de la Policía. No son los únicos, también los del partido gubernamental, los reformistas, dicen ahora que las papeletas han sido "trabajadas" para que el resultado sea el que conviene a Estados Unidos. La cuenta ha comenzado de nuevo. Pero, no se sabe por qué, ahora es más lenta. Los coordinadores dicen que tardarán unos quince días en comunicar los resultados definitivos. Pueden ganar en lentitud a los servicios españoles del 15 de junio de 1977, que parecían tener un record mundial de demora en la comunicación de resultados.

Sin embargo, todo parece volver al orden previsto. Las autoridades han dado orden de que las fuerzas militares y policíacas abandonen los colegios electorales y que el recuento se realice con legalidad y normalidad. Los nuevos resultados parecen ir confirmando la victoria de la oposición. Antonio Guzmán hace ya declaraciones como Presidente electo. En las que hace a "El País", borra ya toda la importancia del "incidente"; Balaguer va a terminar su carrera política "de una manera honorable y democrática, como corresponde a un hombre de Estado que ha dedicado su vida a 'quehaceres' políticos", las Fuerzas Armadas son obedientes al poder civil y la hostilidad —dice el vicepresidente del Partido Revolucionario, Majluta— estuvo protagonizada "por reducidos grupos militares" y ya ha desaparecido. Los hechos son "propios de una circunstancia muy especial, y haremos tabla rasa de estos hechos". Toda va por lo mejor en el mejor de los mundos posibles.

Pero el recuento prosigue. Y faltan tres meses para que el nuevo Presidente, si realmente es Antonio Guzmán, ocupe el cargo. De aquí al 16 de agosto aún podría alguien volver a perder los nervios. ■



El Jurado del Festival, integrado, entre otros, por el director norteamericano Alan J. Pakula, la actriz Liv Ullman y el realizador suizo Claude Goretta.

## Cannes no es una fiesta

DIEGO GALAN

O al menos no es una fiesta para el llamado crítico. Lo es para los promotores de películas, para las estrellas, para algunos directores. El trabajo de informador es, en este caso, el servir a esta industria que organiza en Cannes los lanzamientos de sus películas, el de ir preparando al consumidor para que su aceptación del producto lo transforme en un negocio claro. Supongo que para eso nos invitan. Y supongo que todos caemos en la trampa de venir, de parecernos imprescindible esta fiesta ajena. Porque el que primero cae es el propio consumidor, considerando que en Cannes se proyectan "las mejores películas del año", queriendo cotillear el éxito o el fracaso de estos productos, las anécdotas de algunas de sus estrellas... y cuando resulta que verdaderamente en Cannes se han visto algunas de esas "mejores películas" (basta recordar los casos de "Le souffle au coeur", "La grande bouffe" o "Novecento", por citar películas de años distintos), el espectador español, que las llega a ver generalmente tarde, o no al mismo tiempo que en el Festival, tiene ya el aliciente de otros festejos más recientes, de otras promociones que le hacen olvidar la publicidad que los "informadores" hicimos en su momento a dichos productos.

Ha ocurrido estos días una anécdota significativa: esperando entrar a uno de los locales de Cannes para asistir a la proyección de una película, fuimos sorprendidos por una avalancha de fotógra-

fos que no podía controlar la Policía. Empujones, casi desmayos, gritos y detenciones, porque cada uno de esos fotógrafos (doscientos o trescientos para hacer un cálculo aproximado) quería obtener un primer plano de una estrella que entraba en ese momento lloreguando y protegida por varios forzados e implacables custodios. Conseguí ver a la estrella en cuestión, pero no identificarla. Uno de esos fotógrafos que habían conseguido escalar una ventana desde donde tiraba carretes interminables a la velocidad del rayo, me sacó de dudas: ¿quién es? "Farrah Fawcette Major". "¿Quién?". "Nadie, una mierda. Una estrella fabricada. Todavía no ha hecho ninguna película". "¿Y entonces?". "¡Ah! ¡Es la noticia!". La noticia era nadie. Pero había conseguido atraerse la atención de los fotógrafos... no dejándose nunca ver, al parecer, la tal Fawcette Major ha interpretado una serie de telefilms que ahora se emiten en Francia (y en España creo que hace unos meses). Cualquier cosa. Nada. Es lo mismo. Dirk Bogarde, que ha tenido la desgracia de venir durante varios años a Cannes, no es ya noticia. No vende. Fassbinder, que presenta su película, es retratado mecánicamente. Aquí funcionan otros valores. Justamente los que promocionan en primer lugar las productoras. Aquí se terminan de fabricar los productos comerciales del año. Independientemente de la calidad de las películas presentadas (no excesivamente alta en términos generales, a pesar de los

Oshima, Reisz, Chabrol, Fassbinder, Dassin, Von Trotta, Thulin y más nombres populares y garantizados).

En una próxima crónica hablaremos de esas películas. Aún quedan muchas por ver, aunque también puede señalarse que el Cannes de 1978 es menos abundante que el de otros anteriores. Menos abundante y más dificultoso, puesto que han desaparecido las proyecciones de repescas. O se viene desde el primer día o se pierden las opciones a conocer todas las películas del concurso. Quince largos días en los que las películas se cuentan más despacio pero las estrellas (las reales y las Fawcette Major de turno) abundan implacablemente. Los directores de las películas, sin embargo, soportan mal que bien unas estúpidas ruedas de prensa donde a todos se les pregunta prácticamente lo mismo (hasta el punto de permitirse la sospecha de que los preguntadores habituales no han visto las películas concretas) y se marchan precipitadamente. Algunos, como Fassbinder, se presentan con una torta pedorra encima que les impide prácticamente enterarse de esas preguntas: una forma como otra cualquiera de desembarazarse de este Cannes en el que no hay más que gente por las calles cámara en ristre, gigolos en busca de la vieja dama o críticos taciturnos comentando el aburrimiento del día.

No faltan los caros servicios informativos de la televisión de varios países. Todos ellos dan cuenta detalladamente de esas películas a concurso y algunos (como los periodistas de la televisión francesa) hacen "análisis" amplios en los que, por ejemplo, denuncian el alto grado de violencia que se registra en las películas. El mismo día, y el mismo espacio informativo en el que se han registrado varios muertos en el aeropuerto de Orly. Es decir, la especialización de esos informadores no es mayor que la de cualquier gacetero provinciano. Pero son justamente ellos los que dan la tónica ideal del Festival: el cine en su romance, en su idealismo, en sus estrellas, en su fiesta. Esa fiesta que no lo es para quienes nos limitamos a soportar (o en su caso disfrutar) las películas —a pesar de todo suficientes para no poder hacer otra cosa en todo el día— que se proyectan en los distintos locales. Fiesta que no es para quienes, en definitiva, no hemos venido más que para eso, creyendo ingenuamente que marginándonos del festejo propiamente dicho no hacemos lo mismo: ofrecer las páginas de nuestras publicaciones a la mayor honra y gloria de los lanzamientos publicitarios.

Que el lector disculpe este tono pesimista y aburrido. Cuando en la próxima crónica entremos con más detalle en las películas presentadas, posiblemente desaparezca ese tono. Sirva este avance para convencer a quienes contemplan con envidia la posibilidad de venir a Cannes de que se encuentran mucho más a gusto en sus casitas particulares yendo al cine cuando les apetece y eligiendo las películas a ver. No insistiremos en el tema. ■